

te pusiste viejo, a su lado ha sido,  
y el Azarías,

yo tengo un año más que el señorito,  
y rutaba y mascaba la nada, sentado en el taburete, acodado en los muslos, la cabeza entre las manos, la mirada huera, fija en el hogar, pero, inopinadamente, se oyó el alarido de la Niña Chica y los ojos del Azarías se iluminaron, y sus labios se distendieron en una sonrisa babeante, y le dijo a su hermana,

arrímame a la Niña Chica, anda,  
y la Régula,

ae, estará sucia  
y el Azarías,

alcánzame a la Niña Chica,  
y, ante su insistencia, la Régula se incorporó y regresó con la Charito cuyo cuerpo no abultaba lo que una liebre y cuyas piernecitas se doblaban como las de una muñeca de trapo, como si estuvieran deshuesadas, pero el Azarías la tomó con dedos trémulos, la acomodó en el regazo, sujetó delicadamente su cabecita desarticulada contra su brazo fornido, bajo el sobaco, y comenzó a rascarle suavemente en el entrecejo mientras musitaba,  
milana bonita, milana bonita...

y así que regresó Paco, el Bajo, del recorrido de la tarde, la Régula salió a su encuentro,  
ae, tenemos visita, Paco, ¿a que no sabes

quién te vino?

y Paco, el Bajo, olfateó un momento y dijo,  
tu hermano vino,

y ella

justo, pero esta vez no por una noche, ni por dos, sino para quedarse, él dice que el señorito le ha despedido, vete a saber, habrá que informarse,

y a la mañana siguiente, conforme amaneció Dios, Paco, el Bajo, ensilló la yegua y, a galope tendido, franqueó la vaguada, el monte de chaparros y el jaral y se presentó, escoltado por los aullidos de los mastines, en el cortijo del señorito del Azarías, pero el señorito descansaba y Paco, el Bajo, se apeó y se puso un rato de cháchara con la Lupe, la de Dacio, el Porquero;

un piojoso, eso es lo que es, todo el tabuco lleno de mierda y, por si fuera poco, se orina las manos, será desahogado,  
y Paco, el Bajo, asentía, pero,

eso no es nuevo, Lupe  
y la Lupe,

nuevo no es, pero, a la larga, cansa,  
con su interminable letanía de lamentaciones, y así hasta que apareció el señorito y Paco, el Bajo, entonces, se puso en pie, como era de ley,

---

buenas,

buenas nos las dé Dios, señorito  
y se descubrió y empezó a darle vueltas y  
vueltas a la gorra entre las manos, como si le  
estorbase, y, al cabo,

señorito, el Azarías dice que usted le des-  
pidió, ya ve qué cosas, después de los años,  
que el señorito,

vamos a ver si nos entendemos, ¿quién  
eres tú?, ¿quién te dio a ti vela en este en-  
tiero?

y Paco, el Bajo, acobardado,

excuse, el hermano político del Azarías, el  
del Pilón, donde la Señora Marquesa, un man-  
dado de Crespo, el Guarda Mayor, para que  
me entienda,

y el señorito del Azarías

¡ah, ya!

y movía lentamente la cabeza, afirmando, los  
ojos cerrados, como pensativo, y, al fin, ad-  
mitió,

pues el Azarías no miente, que es cier-  
to que le despedí, tú me dirás, un tipo que  
se orina las manos, yo no puedo comerme  
una pitorra que él haya desplumado, ¿te das  
cuenta?, ¡con las manos meadas!, eso es una  
cochinada y, dime tú, si no me pela las pi-  
torras ¿qué servicio me hace en el Cortijo  
un carcamal como él que no tiene nada de  
aquí?,

y se señalaba la frente, se hincaba con fuerza  
un dedo en la frente, y Paco, el Bajo, los ojos  
en las puntas de sus botas, continuaba giran-  
do la gorra entre las manos, así, sobre la par-  
te, y, al fin, juntó valor y

razón, bien mirado, no le falta, señorito,  
pero hágase cuenta, mi cuñado echó los dien-  
tes aquí, que para San Eutiquio sesenta y un  
años, que se dice pronto, de chiquilín, como  
quien dice...

pero el señorito agitó una mano y le inte-  
rrumpió,

todo lo que quieras, tú, menos levantarme  
la voz, sólo faltaría, que si a tu cuñado le  
aguanté sesenta y un años lo que merezco es  
un premio, ¿oyes?, que buenos están los tiem-  
pos para acoger de caridad a un anormal que  
se hace todo por los rincones, y, por si fuera  
poco, se orina las manos antes de pelarme las  
pitorras, una repugnancia, eso es lo que es,  
y Paco, el Bajo, sin dejar de dar vueltas a la  
gorra, asentía, cada vez más tenuemente,

si me hago cargo, señorito, pero ya ve, allí,  
en casa, dos piezas, con cuatro muchachos, ni  
rebullirnos...

y el señorito,

todo lo que quieras, tú, pero lo mío no es  
un asilo y para situaciones así está la familia,  
¿o no?



y Paco, el Bajo,  
si usted lo dice,

---

y, paso a paso, reculaba hacia la yegua, pero cuando puso pie en el estribo y montó, al señorito del Azarías se le amontonaron en la boca nuevas razones,

que además de lo que te llevo dicho, tú, el Azarías blasfema y quita los tapones a las ruedas de los coches de mis amigos, date cuenta, así sea el mismísimo ministro, comprenderás que yo no puedo invitar a nadie para que ese anormal...

e iba alzando gradualmente la voz a medida que Paco, el Bajo, se alejaba al trotecillo de la yegua,

... le deje los neumáticos en el suelo...  
¡comprenderás...!

pero, bien mirado, el Azarías era un engorro, como otra criatura, a la par que la Niña Chica, ya lo decía la Régula, inocentes, dos inocentes, eso es lo que son, pero siquiera la Charito paraba quieta, que el Azarías ni a sol ni a sombra y, a la noche, ni pegar ojo, con sus paseos y carraspeos, y si se ponía a rutar era lo mismo que un perro, y así hasta la amanecida que asomaba a la corralada, mascando salivilla, el pantalón por las corvas, y los porqueros y los guardas y los gañanes, siempre la misma copla,

Azarías, ¿vas de pesca?  
y él sonreía a la nada, según rascaba los aseladeros, y ronroneaba juntando las encías, y, al concluir, tomaba una herrada en cada mano y decía,

me voy por abono para las flores,  
y, franqueaba el portón, y se perdía en la loma, entre las jaras y las encinas, buscando a Antonio Abad, el Pastor, que por la hora no podía andar lejos, y, así que se le topaba, se ponía a caminar parsimoniosamente tras el rebaño, agachándose y recogiendo cagarrutas recientes hasta que colmaba las herradas y, una vez llenas, retornaba al Cortijo musitando palabras inaudibles, la blanca salivilla empastada en las comisuras y tan pronto entraba en la corralada, ya estaba la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, la del Crespo, o quien fuera,

ya vino el Azarías con el abono de los graneros,

y el Azarías, sonreía, e iba bordeando los arriates y los macizos distribuyendo equitativamente los escíbalos entre ellos, y la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, o el mismo Crespo,

mete más mierda en el Cortijo que la que saca,

y la Régula, en paciente ademán,

ae, no molesta a nadie y por lo menos está entretenido,